

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

MENTIRAS INOCENTES



—¡Pichón mío! ¡Cuanto más te miro, más te quiero!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Pascua taurina, por Eduardo Bustillo.—Al fin de la jornada..., por Juan Pérez Zúñiga.—Un capítulo de «La Fea», por Luis de Ansorena.—Un pecado mortal, por Carlos Arniches.—Un marido infiel, por Fiacro Yrázoz.—Cantares, por Enrique Paradas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Mentiras inocentes.—La confesión.—Anuncios, por Cilla.



Gracias á Dios que ha resucitado Jesucristo, pues llevábamos una semanita que se la doy al más pintado. Lluvia, tristeza, cántigos fúnebres, potaje de espinacas, bacalao frito, ni una nota alegre, ni un rayo de sol vivificante.

Todos los años ocurre el mismo triste suceso, y, sin embargo, no podemos dominar la penosa impresión que produce en nosotros la Semana Santa.

El único consuelo que he tenido estos días se lo debo á los monaguillos de San Ignacio, porque no han tocado las campanas.

Yo vivo frente por frente de la iglesia susodicha. No les digo á ustedes más.

Muy de mañanita comienza el campaneó y ya no puedo dormir, ni trabajar, ni entregarme á la reflexión honesta. Cuando hay función solemne, los monaguillos suben al campanario y allí se entregan á toda suerte de ruidosos regocijos. Voltean las campanas, repican, ¡qué sé yo!

Desde mi balcón les pido cariñosamente que toquen con menos entusiasmo, y ellos, por llevarme la contraria, redoblan las fuerzas y se me ríen en los bigotes. Algunas veces oigo que se dicen unos á otros:

—Aprieta, Pepe, para que rabie el señorito.

Ni el Jueves ni el Viernes Santo he oído sonar las campanas, y me pareció que estaba en el mejor de los mundos. ¡Qué felicidad sentíamos todos los de casa! Yo creo que hasta comimos mejor. Los vecinos abrían los balcones sin miedo alguno, y decía una señora que vive en la casa de al lado, dirigiéndose á otra de enfrente:

—¡Ay, hija, qué gusto da vivir así, sin campaneó!

—Yo por un lado estoy triste, como es natural—decía la otra,—porque hoy es un día de recuerdos amargos; pero por otro me alegro muchísimo.

El sábado de gloria no hice más que abrir los ojos y pregunté á la familia:

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

Salté de la cama á toda prisa y me dirigí á la calle.

—¿Te vas?—me preguntaron.

—Sí, me voy antes de que resucite el Redentor del mundo y empiece el campaneó.

En verdad que sólo á fuerza de costumbre puede uno trabajar en Madrid. Los que tenemos que ganarnos el pan con la pluma somos víctimas del estruendo que producen los carruajes, del sonsonete que *exhalan* los pianos de las vecinas y de otra porción de ruidos á cual más desagradables.

Ni aun durante la noche se ve uno libre de este tormento, porque hay matrimonios que dirimen sus contiendas desde las doce de la noche en adelante. Yo he padecido el mal humor de un D. Recaredo, que vivía en el cuarto de la derecha de mi casa. Estaba casado con D.^a Gertrudis, que era una leona, y todas las noches, entre una y dos, armaban unas peloterías horribles.

Ella decía:

—Me voy á suicidar.

Y él contestaba:

—Por mí no hay inconveniente.

—Eso quisieras tú, pillo, granuja, mal caballero; pero no te daré ese gusto. Mientras viva, no he de tolerar que me faltes; y el día que coja á esa bribona, ya verás tú lo que le hago.

Al llegar á este punto, D. Recaredo le daba casi siempre un puñetazo á su consorte en [un vacío. Cuando no era en un vacío, era en la rabadilla.

—¡Verdugo! ¡asesino!—gritaba ella.

Por toda contestación D. Recaredo cogía una fuente y la estrellaba contra la pared; de modo que aquel matrimonio no ganaba para loza.

D.^a Gertrudis ponía el grito en el cielo; la criada quería salir á la defensa de su señora y recibía un puntapié y á veces dos. Yo, entretanto, tenía que soltar la pluma y acababa por golpear la pared para hacerme oír de mi vecino, á quien decía con acento suplicante:

—¡D. Recaredo! ¡Por la Virgen Santísima! Pégueme usted á su esposa después de almorzar, que es cuando yo no estoy en casa; tenga usted compasión de este padre de familia, que necesita trabajar para comer.

Pero D. Recaredo, lejos de calmarse, se excitaba más y más y la emprendía de nuevo con su esposa, gritando:

—¿Lo ves, grandísima maula? ¿Ves cómo me estás poniendo en evidencia delante de los vecinos? Si mañana salgo en los periódicos, te reviento.

Y hasta las tres de la mañana, punto más, punto menos, no concluía la reyerta de mis vecinos.

Para librarme de aquella calamidad nocturna decidí trabajar por el día; pero entonces me martirizaba una joven del piso segundo, que estudia el canto desde 1887 y anda á vueltas con el aria de las Joyas del *Fausto* todo el santo día. El caso es que ella no consiguió aprenderla nunca, y en cambio la cantábamos todos los vecinos; hasta un administrador de loterías que vivía enfrente. Las cocinearas del barrio cantaban también el aria mientras hacían la limpieza del fogón, y yo salí de aquella casa huyendo de la música.

¡Ay! ¡Si supiera el lector los apuros que pasamos los que tenemos que vivir en este infierno!

¡Cuántas veces he tenido que dejar la pluma medio loco, á causa del ruido infernal que arman unos angelitos residentes en el piso tercero! Uno hace de caballo y otro de simón, y el primero se deja enganchar á una silla, mientras el otro jarrea. Yo estoy debajo, sufriendo las pataditas de los dos y dándome á todos los demonios. La mamá es una señora cubana de mucha pachorra, que se sienta en un «columpio»—como llama ella á la mecedora,—y lo más que hace es decir á los niños:

—No, sean juguetones y descansen un ratito, que se van á sofocar... Pancho, Gorito; no se revuelquen en el suelo, que eso es una *sinvergüenseria*.

Cuando cesan de trotar los niños, principia á dar voces una mujer que vende periódicos frente á mi casa y repite con intervalos de dos minutos estas dulces palabras:

¡El Imparcial! ¡El País!

¡El País! ¡El Imparcial!

Y así sucesivamente.

En fin, escribe uno por milagro divino, ó porque ya la costumbre nos fuerza á mover la pluma sin ver donde la ponemos ni lo que escribimos.

Aquí quisiera yo ver á los filósofos profundos que necesitan abstraerse y reconcentrar el espíritu. Ya verían ellos si con toda su ciencia y toda su reflexión podían escribir media docena de líneas.

Gracias á que lo que yo hago... ¡pchs! no exige más que un poco de buena voluntad y una miaja de ortografía; pero así y todo, hay momentos en que tengo media imaginación en las cuartillas y la otra media en la mujer de los periódicos ó en los monaguillos de San Ignacio.

LUIS TABOADA.

(Prohibida la reproducción.)

— * —

PASCUA TAURINA

Don Lucas del Tabloncillo
que ha comido muchos bueyes
y aún despacha algún berrendo
en *rosbifes* y *bistekes*;

taurófilo convencido
ya el año cuarenta y siete,
en que empezó sus estudios
de abonado impenitente;
me decía la otra tarde,
al recoger los billetes
para el curso que Bartolo
abre competentemente:

—«Le digo á usted, don Eduardo,
que éstos ya no son carteles
y nuestro circo taurino
viene á ser un circo ecuestre.

»Allí se corren caballos;
mas ¿toros? ¿qué han de correrse,
si llevan puyas de adorno
los que apenas son jinetes?

»¿Donde está el Trigo ó el Charpa
que por derecho se cuele
y haga á un toro de seis años
en el morrillo un ojete,

»ó que en quitarle los moños
al ganadero se empeñe,
y sólo á empujón de brazo
rendida á la fiera deje?

»¿Qué Montes ni Chiclaneros?
Los que al ruido se nos vienen,
sólo al recibir los cuartos
saben consumir la suerte.

»De Cayetano el capote
¿dónde está que no parece
ni en *navarras* ni en *verónicas*
que al toro andarán sujetos?

»Tras *Frasuelo*, el gran Califa
va á cortarse ya el *rodete*,
y, al aire su última cana,
¿quién queda que nos alegre?

»Tres que se *capitalizan*
con un cálculo prudente,
cuatro ó cinco temerarios
y doce ó quince peleles.

»Mucho trapo y poco arrojó,
y el arte, Dios le remedie,
y palitos, en el rabo,
y estocadas, de *gollete*.

»Dos chicos en competencia,
novilleros de Tembleque,
y otros dos que se *suicidan*,
aunque, por guapos, *alternen*.

»Luis y *Maolillo* y Guerra
buscan capital que rente,
y revolcones de choto
los que ni saben ni aprenden.

»Y ¡adiós, arte de aquel *Hillo*,
arte que perdió á *Pepete*,
y dió gloria á sevillanos
y triunfos á cordobeses!...»

—Y así acabó Tabloncillo,
y á la *Taurina*, muy terne,
se fué á lidiar dos chuletas
con los restos de sus dientes.

EDUARDO BUSTILLO.

AL FIN DE LA JORNADA...

Pues señor, en defecto de otro asunto
gracioso y agradable,
contaré á usted, lector, en pocos versos
una cosa chocante.

Yo quiero mucho á Gloria, que es la chica
de don Bruno González,
la cual tiene unos padres más beatos
que la Virgen del Carmen.

El Domingo de Ramos, una palma
la mandé esbelta y grande,
y besé con pasión las de sus manos
cuando no lo vió nadie.

Fué el miércoles con Gloria á las *tinieblas*
de San Luis... Ya era tarde...
¡Qué poca luz había... y qué apreturas
tan poco edificantes!

El jueves, terminados los oficios,
luciendo ricos trajes,
fuimos á recorrer catorce ó quince
monumentos notables.

Y en verdad que ellos y el papá de Gloria
ofrecían contraste.
¡Cuántas luces tenían las iglesias
y qué pocas el padre!

¡Buen *sermón de pasión* me echó mi novia
porque miré en la calle
á una joven florista! ¡Por poquito
me hace daño el potajel!

En la calle Mayor *los pasos* vimos
el viernes por la tarde.
Por cierto que el papá fué haciendo el *baso*
con mitones de estambre.

A las *siete palabras* de San Justo
fué mi Gloria hecha un ángel.
¡Ay, qué siete palabras!... ¡ay qué siete,
la dije al acercarme!

Todo marchaba bien. Alborozados
me veían los padres
de mi Gloria seguir de cada día
lós sagrados rituales.

Pero el sábado llega...—y usted mire
si mi desdicha es grande—
quiero *tocar á gloria*... ¡y se me enfada
la bestia de la madre!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

UN CAPÍTULO

DE LA NOVELA TITULADA «LA FEA» (1)

Al cuidado de la portería de la casa estaba un viejo zapatero que tenía una hija y la hija un amante. Llamábase el primero Toribio, y

(1) Que hoy se pone de venta en las principales librerías.

era hombre de mal genio, al decir la gente, sobre todo cuando estaba borracho, cosa que sucedía con frecuencia. En su sano juicio jactábase de ser hombre de criterio y de tener sistema y convicciones políticas, y el tiempo que su trabajo no muy asiduo y la taberna le dejaban libre, empleábase en la lectura de periódicos, con lo que caía en una nueva borrachera... Tal era el barullo que la lectura armaba en su cerebro.

Era uno de los tantos seres que, faltos de inteligencia y de templanza para comprender lo que lleva dentro de sí la hermosa palabra libertad, la tienen por enemigo del orden, y hermana de la licencia; odiosa falsificación que le hiere de muerte con golpe más certero que el régimen de la esclavitud. Libertad, para Toribio, significaba el derecho á hacer lo que cada cual deseara sin cortapisa ni obstáculo de ningún género.

Consecuencia: todo gobierno es malo... porque reprime y castiga los excesos de los gobernados... Otra consecuencia, ya no tan clara: preciso era cortar muchas cabezas de las que estaban en alto... Ya se cortarían. Mientras llegaba el momento, Toribio machacaba suela y se emborrachaba.

El odio al gobierno extendiase al rico, y llegaba hasta el que, sin poseer cuantiosas rentas, vivía sin necesidad de sujetarse al trabajo de los músculos... Éste era, en opinión de Toribio, el verdadero trabajo: el único... Los demás, pamemas; quien no se subía á un andamio, ni empujaba una carreta ni claveteaba zapatos, no trabajaba... Una vez por el suelo las cabezas de los gobernantes, caerían las de los ociosos explotadores de los obreros... y las cosas quedarían como debieran estar siempre... Entretanto, preciso era mortificar en lo posible á aquella gente, y Toribio lo procuraba con una satisfacción de las más grandes... Si alguno de ellos le entregaba unas botas para que las compusiera, el zapatero dejaba siempre un clavito sin remachar, con el objeto de que pinchara al *explotador*... Al entregar las botas así dispuestas, sonreía como un demonio. Toribio era un átomo de esa gran masa de rabia que coloca bombas en la puerta de las casas que habitan los ricos.

Ya hemos dicho que tenía una hija; Soledad. Hermosa mujer, á la que sentaba á maravilla el atalaje propio de las mozas de los barrios bajos de Madrid. Morena pálida, con grandes ojos negros, palpitante nariz, labios rojos y cuerpo de Venus. Al hablar manoteaba: al insultar escupía; con el pañuelo cruzado sobre el busto y los brazos en la cintura, tenía algo de la amazona apercebida para el combate. Era terrible en la ira, aguda en la burla; valiente en el peligro y de una tenacidad humilde en sus pasiones. Suelta de manos con el extraño que se le acercaba un poco, y paciente para recibir las bofetadas de su amante, si á éste se le hubiera antojao dárselas. Sangre de manola y de sultana. Mujer que acerca la mecha al cañón con una mano y con la otra acerca á su pecho al niño que llora de hambre. Que va con muchos hombres á defender una barricada, y con uno solo á gozar de su amor.

Tenía Soledad un concepto de la honra muy extendido entre las mujeres de su clase y educación. Entregársela á un hombre, si la entrega nacía de un cariño profundo y eterno, no era perderla. Era una desgracia, nada más. Pero si tras la entrega venía el cansancio, y tras éste la veleidad, y el irse la afición á otro hombre, que á la corta ó á la larga sustituía al primero en el dominio de lo que queda dicho, entonces ya era falta grave y manifiesta deshonor y ausencia de todo recato, con lo que la que tal hacía quedaba al mismo nivel que la pérdida de la calle. Era una perra asquerosa, llena de lodo; un asco. Nadie dice de una cosa que está perdida si sabe el sitio donde se encuentra, ó la persona que la tiene; pero si hoy se pone en un lugar y mañana en otro, ó se da sucesivamente á distintas personas, en vano se reclama. Al tanto todos del poco aprecio que de la cosa se hizo, nadie piensa formalmente en devolverla, sino en disfrutarla hasta que le ahite, si el tal disfrute le proporciona placer... Está completamente perdida...

Como se ve, á la moral de la joven le faltaban algunos puntales y zozobraba... No hay que decir por dónde.

A tales ideas, tales hechos. Soledad se enamoró de un hombre y se entregó á él en cuerpo y alma. No hubo lucha, ni lágrimas, ni arrepentimiento, ni lo que suelen decir es lógica consecuencia de estas debilidades. A la tercera ó cuarta entrevista con aquel hombre, comprendió Soledad que se le entraba corazón adentro con el imperio y la seguridad de un conquistador, y no se le pasó por las mientes resistirse, ni arpillerar su honestidad... El podía llevarla donde quisiera... No habló de matrimonio y Soledad tampoco... Una tarde en que el zapatero había salido á entregar unas botas, entró el otro en la pequeña habitación que servía de portería, y se sentó junto á Soledad... Púsose ésta un poco pálida al verle, leyendo en la cara de su amante las intenciones que traía, pero no le rechazó... Sabiendo que aquello tenía que suceder más tarde ó más temprano, lo aceptó desde luego... y se dió á aquel hombre, no con resignación, con júbilo.

Cuando él quiso marcharse, ella le retuvo... Objetó él que el señor Toribio vendría pronto... y que si le veía allí... Encogióse Soledad de hombros, le besó en la boca y respondió:

—¡Qué me importa! ¡Alguna vez tiene que verte!

Al encontrarse Toribio con aquel hombre sentado junto á su hija, frunció el ceño. Fijó en Soledad una mirada hosca y preguntó:

—¿Quién es éste?

Sostuvo Soledad la mirada de su padre, sin que el temor más leve agitase su cuerpo; sin que un solo músculo de su rostro se contrajera, y con una valentía en la que había mucho de indiferencia, y hasta de desprecio, respondió solamente:

—Mi novio.

LA CONFESIÓN



—Anda, Ladalecio, mira á ver si me he dejado olvidada la petaca en el confesonario.



—Pues no parece.



—Ave María Purísima...



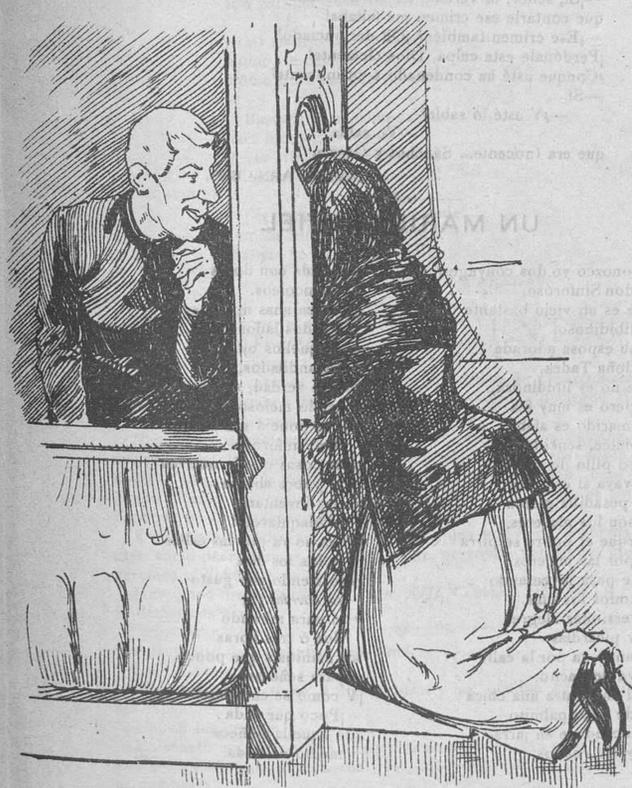
—¡Cualquiera resiste la tentación! Vamos á ver lo que dice esta señora.



—¡Y es guapa, demontrel!



—Áctsome, padre, de que tengo el defecto de no salir de la iglesia.
—Eso no es pecado, hermana.



—Sí, padre; porque no lo hago por devoción, sino porque... estoy enamorada del sacristán...



—¡Bendita sea tu madre!

El señor Toribio conocía á fondo el carácter de su hija, y en su sano juicio, doblegaba el suyo á los ímpetus de aquél. En la tarde á que nos referimos no había probado el vino, y comprendió que su oposición á lo que, después de todo, era cosa lógica y propia de la juventud, sería el comienzo de una disputa doméstica de fatales resultados. Bajó, pues, la cabeza, y no dijo más que:

—Bueno.

Pensando enseguida:

—Si armo bronca, se me escapa con él.

Desde aquel día no ocultó Soledad de sus relaciones con Pepe, así se llamaba el mozo, más que la parte íntima que tenían. Esto, quizás por un resto de pudor, ó quizás más bien por evitar cuestiones con su padre. Pero por ello no escaseó el placer á su amante, ni de su voluntad vino ningún obstáculo para que él le disfrutara cuando quisiera.

No pensaba Soledad en las consecuencias que pudiera tener su conducta, ni le turbaban las congojas del porvenir. Empleando una frase vulgar que se dice de quien no se ocupa del mañana, se puede afirmar que Soledad vivía al día en lo referente á su amor. Y como, por otra parte, Pepe, en la apariencia al menos, mostrábase con ella cariñoso y enamorado, sentía Soledad una dicha tan grande... tan grande, que alegraba cuanto la muchacha veía á su alrededor. Después de aquella entrega de su cuerpo, agrandáronse las ideas, sintióse más fuerte y más dueña de su voluntad... Vislumbró satisfacciones hasta entonces desconocidas para ella... intimidades deliciosas... besos que no acababan... Las palabras que antes se le antojaban propias de niños mimosos, sonábanle ahora como deliciosa música, sin cansarse de oírlas y de repetirlas de continuo... De su acento se borró algo del desgarrado y aspereza que antes tenía, y era suave hasta en el enfado. Lo que su mirada perdió en brillo, lo ganó en dulzura... Su cuerpo adquirió cierta indolente flojedad que aumentaba el atractivo, y en lo moral, la transformación fué más completa. La muchacha arisca, descarada y burlona, transformóse, por obra y gracia del amor, en mujer apacible y mansa, un tanto soñadora, y propensa á la seriedad. Preciso es confesarlo. El pecado hizo á Soledad más humana, más buena.

Era feliz, porque su vida tenía un objeto. Lo demás ¿qué importaba? En su impudor había algo de sublime, algo... perdónese la frase, algo de religión. Soledad amaba al hombre, pero aún amaba más su propio amor; aquel sentimiento que la ennoblecía no obstante venir por tan desastroso camino. Un detalle probará que aquel espíritu se sentía más grande cuando parecía lógico que la caída le empujara. Desde que Soledad era la querida de Pepe, sintió más asco por las mujeres perdidas. Encontraba menos disculpa al proceder de éstas.

Aunque, como queda dicho, á Soledad no le preocupaban gran cosa las consecuencias que pudiera traer su falta, habrían pasado unos tres meses desde la primera vez que la cometió, cuando durante unos días mostróse inquieta y como entristecida por misterioso presentimiento, y al fin una mañana, al levantarse de la cama, quedó pensativa un instante.

Cosa muy grave debía de ser lo que motivaba su meditación, por la ansiedad y angustia que le brotaron á la cara, y por el espanto con que miró en torno como si viera algo nuevo y aterrador en los objetos que tan familiares le eran... La congoja duró poco... Un estremecimiento de frío que culebreó por su cuerpo, sin más abrigo entonces que el poco que le daba la tosca camisa, hizo á Soledad volver á la realidad. Deprisa y con gran apuro se ciñó el corsé, y al lazarse las cintas de éste, cayó de nuevo en el mismo pensamiento que antes... Hizo un esfuerzo, y acabando de vestirse, salió á la puerta... Inspeccionó la calle con el deseo de que viniera alguno que esperaba...

—¡Qué loca soy!—dijo.—Es temprano.

Y entró en el portal.

El señor Toribio afilaba su lezna sentado en el banquillo y preparándose para la faena del día. Miró á su hija, y advirtiendo la palidez del rostro de ésta, gruñó:

—¡Esos amoríos!... El mejor día voy á hacer una que sea sonada...

Al pasar junto á su padre, y notando la insistencia con que éste la observaba, volviéronle á Soledad las pasadas congojas, y mirando al suelo entró en el cuchitril. Sentóse en una silla y se puso á coser. A la media hora sus dedos estaban cubiertos de gotitas de sangre que hizo brotar la aguja torpemente dirigida. Poco después dejó la labor y volvió á la puerta. Todavía era temprano. Fué á la cocina, donde desempeñó los menesteres precisos para la comida. Cosió otro rato, y pinchóse de nuevo sobre lo ya pinchado. Al mediodía la palidez de su rostro era más intensa... Fué tomando gradualmente un color terroso, negruzco... casi cadavérico.

Durante la mañana no había dirigido ni una sola palabra á su padre. Tampoco éste dijo nada á su hija. Cuando el reloj de la portería marcó las doce, el señor Toribio la dijo:

—Tengo hambre. Pon la mesa.

Soledad miró á su padre con extrañeza.

No comprendía aquello. ¿Comer?... ¡Ah! ¿pero era preciso comer? Le pareció un absurdo... y no se movió de su sitio.

—¡Esos amoríos!...—refunfuñó el zapatero, al ver la pasibilidad de su hija en asunto de tanta importancia, y repitió:

—Tengo hambre... ¿No me has oído?

Suspiró hondo Soledad. Levantóse de la silla, cubrió la mesa con un mantel de tela burda, pero muy limpio. Puso sobre él lo necesario para comer con decencia. Fué á la cocina, volcó el contenido de la olla en una fuente de loza, la colocó entre los dos cubiertos, y dijo:

—Ya está...

—¿Y el vino?—preguntó Toribio mirando á la mesa.

Trájole Soledad, y se sentó frente á su padre. Comió poco y con gran esfuerzo... Lo notó el zapatero, y mientras llenaba de vino un vaso, le dijo:

—Tú estás mala...

—¡Yol!... No... ¿por qué?

—Por nada—respondió el otro, y se bebió el vino sin hacer pausa.

—¿No quieres?—dijo después.—Está bueno... toma un traguete. Verás cómo te gusta.

Bebió Soledad y repitió á instancias de su padre... Coloreáronse sus mejillas, y sin explicarse la razón de aquel cambio en las ideas de la mañana, pensó mientras dejaba el vaso sobre la mesa:

—Pero... ¡qué tontería!... Tal vez sea una aprensión.

Su padre la medió el vaso de vino. Ella bebió de nuevo.

—No...—siguió pensando,—por hoy no le digo nada á Pepe. Aún es pronto...

Sin saber lo que hacía, cogió de la mesa una corteza de pan y la echó en el vaso. Después comió un poco, y levantándose de la mesa, murmuró:

—Puede que mañana...

Ya más alegre quitó la loza y sacudió el mantel; al doblarle sintió que un sudor frío le invadía el cuerpo y que el malestar volvía, y con voz opaca, febril, en la que había lágrimas y sollozos, exclamó:

—¡Pero si esto no me ha pasado nunca!

LUIS DE ANSOREÑA.

UN PECADO MORTAL

El recto magistrado don Facundo, viendo que se moría de una larga y terrible pulmonía, quiso dejar el mundo santa y cristianamente preparado y un sacerdote reclamó á su lado, al que fué refiriendo muy contrito de su vida delito por delito. Acabó de sus culpas el paciente la minuciosa historia, y el cura, que le oía atentamente, le invitó diligente á repasar de nuevo su memoria, por si el cerebro aquel entorpecido dejaba algún pecado en el olvido.

—No recuerdo ninguno, repetía aquel viejo infeliz que se moría.

—¿Y en su larga carrera á un inocente nunca ha condenado sabiendo que lo fuera?

preguntó el sacerdote al magistrado.

—¡Sí, señor, es verdad, no me acordaba que contarle ese crimen me faltaba!

—¿Ese crimen también? ¡Oh desgraciado!

¡Perdónale esta culpa, Dios clemente!

¿Conque usted ha condenado á un inocente?

—Sí.

—¿Y usted lo sabía?

—Yo sabía

que era Inocente... Sánchez y García.

CARLOS ARNICHES.

UN MARIDO INFIEL

Conozco yo dos cónyuges:
don Sinforoso,
que es un viejo bastante
libidinoso,
y su esposa adorada
doña Tadea,
que no es libidinosa,
pero es muy fea.
El marido es afable,
dulce, sencillo...
pero pillo de veras,
¡vaya si es pillo!
Su pesadilla eterna
son los placeres,
porque el pobre se pirra
por las mujeres,
y se pasa inventando
todos los días
diversiones alegres
y picardías.
Cuando va por la calle
va despacito,
y si encuentra una chica
de buen palmito,
colocándose en jarras
y sin rodeos,

la saluda con flores
y chicoleos.
¡Y lanza unas miradas
á todos lados
con aquellos ojillos
encandilados,
que, la verdad, da pena
ver lo meloso
que se pone á sus años
don Sinforoso.
¡Las cosas que le ocurren
al pobre abuelo
no las inventaría
ni Maquiavelo!
¡Pues no va por las calles
todos los días
recorriendo por gusto
corseterías (1)
y se para mirando
dos ó tres horas
los maniqués que ponen
para señoras?
¡Y cómo se entusiasma!
¡Poco que suda
con aquella muñeca
medio desnuda!

(1) Quiero decir fábricas de corsés, pero no sé cómo.

Anteayer por la tarde,
sin ir más lejos,
me lo encontré en la plaza
de los Consejos,
y á que no acierta nadie
qué es lo que hacía
delante de una tienda
de sedería?
Pues estaba alelado
junto á la acera
viendo una pantorrilla
que hay de madera,
de esas que ponen siempre
por figurines
para exponer las medias
de colorines.
Aunque viejo caduco
y algo achacoso,
¡qué cosas pensaría
don Sinforoso!
¡Si estaría embobado
fijo en su idea,
que no vió que llegaba
doña Tadea,
la cual, hecha una furia
por tal descuido,
la emprendió de palabra
con su marido!

—¿Qué es eso, viejo infame?
¡A esto te entregas
y olvidas tus deberes
y me la pegas!
¡Infiel! ¡bígamo! ¡pillo!...
—¡Sé más prudente!
¡Por Dios, Tadea mía,
que viene gente!
—Si no fuera por eso,
mis intenciones
eran darte ahora mismo
dos pescozones;
pero, en fin, de memoria,
sin más ayuda,
te estoy dando una *felpa*
morrocotuda.
—¡Pues así es como debes
de castigarme!
¡Pégame de memoria
si has de pegarme,
que si yo te he faltado
mucho lo siento,
pero ha sido tan sólo...
de pensamiento!
¡No te enfades conmigo!
¡Lo harás, de veras?
¡Decir que te la pego!...
¡Qué más quisieras!

FIÁCRO YRÁYZOZ.

CANTARES

¿Dónde estará la alegría,
qué por más que yo la busco
no la encontrado en mi vida?...

Tú me estás matando
de noche y de día,
y ni Dios, ni la ley, ni los hombres...
nadie te castiga.

Baldadita está mi madre
y puedo llevarla en coche:
¡mira si el dinero es grande!

Desde que se fué del mundo,
todos los días del año
son para mí de *difuntos*.

Mi madre vale un tesoro:
¡cómo ríe cuando río!
¡cómo llora cuando lloro!

Buscaré en el camposanto
para mis penas alivio:
¡á ver si me dan los muertos
lo que me niegan los vivos!

¡Vaya un gustito tan grande!
Dar un abrazo á mi novia,
sin que se entere su madre.

ENRIQUE PARADAS.

CHISMES Y CUENTOS

En el número anterior apareció, en la sección de *Correspondencia*, una contestación dirigida á *Bleu* con motivo de un soneto dedicado al estreno de *Los maestros cantores*.

Nunca hemos creído que el tal soneto perteneciera á nuestro querido compañero el distinguido crítico musical D. T. Bleu, pero como pudiera hacerlo sospechar la índole del asunto de la composición, con el aditamento de la coincidencia de firma y pseudónimo, lo hacemos constar así para que no haya confusiones lamentables.

Y volvemos á encargar á los caballeros que nos remiten versos que no usen como pseudónimos los apellidos de personas conocidas, porque nos veremos obligados á no contestar.

Hay quien firma: *Masantini, León XIII, Cánovas*, etc., etc., y ¡caramba! es demasiada broma.

A propósito de los cautivos del *Icod*.
Leo lo siguiente:

«Los moros aborrecen á los ingleses y no ocultan sus simpatías por los españoles.

No; no las ocultan.

En cuanto encuentran una ocasión la emprenden con ellos á tiro limpio, hacen unos cuantos prisioneros y los internan... por el gusto de vivir en su compañía.

En cuanto á los ingleses... ya se sabe que los desprecian.

Por aborrecimiento... y porque saben que les huele la cabeza á pólvora.

De cualquier manera *vierte*
volúmenes extranjeros,
y es autor, según algunos,
de buenos libros de texto.

RAMÓN SOUGEL.

El gobernador ha descubierto, según parece, que algunos de los obreros del Ayuntamiento empleados en las obras de la Moncloa gastan gran parte de su tiempo en jugar á las chapas, y luego arman un par de motines á la semana reclamando jornales.

Lo uno es consecuencia natural de lo otro.

Porque si no les pagan los jornales, ¿con qué van á jugar á las chapas? Y los hombres tienen derecho á los honestos entretenimientos, para ir pasando las amarguras de la vida.

De tal bondad está lleno
el autor de lo creado,
que hizo hasta bueno el pecado
por hacerlo todo bueno.

CARLOS C. CATALÁ.

Nuestro querido amigo y compañero de redacción Luis de Ansorena ha publicado una novela titulada *La fea*, de la cual copiamos un capítulo en el presente número.

Sentiré mucho que ustedes tomen por bombo de compañero lo que voy á decir, pero, en mi humilde opinión, Ansorena se ha colocado con esta novela en la primera fila de novelistas españoles. Interés creciente, amenidad, caracteres sostenidos, observación escrupulosa y exacta del natural, estilo brillante y apropiado al asunto, todo esto hay en el nuevo libro del distinguido poeta.

Ustedes lo verán, porque no podrán prescindir de leerlo... por recomendación de quien ya lo haya leído, que es la mejor propaganda.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Rodajas.—No se ve la gracia. No se ven más que los versos cojos desgraciadamente.

Carachás.—En efecto puede pasar, pero no es de la índole del periódico. Y es de advertir que el verso

«hú desoyendo tu amoroso ruego»

es largo. Y si se quiere hacer uso de una licencia, resulta duro por lo menos.

Saco roto.—Nada, no me ha complacido.
Echele usted en su apellido.

Piltrafilla.—Bastante mediana. *Insomnio* y *monio* no son consonantes el sábado de gloria, según la doctrina cristiana.

Sr. D. T. P.—El epigrama es flojo. Y en cuanto á la charada, como aquí no publicamos de eso...

Cascabel.—Dispense usted, señora, pero son tan malas las seguidillas... ¡Bien lo sabe el Dios que acaba de resucitar!

Un copleo.—No puedo decirle á usted más que una cosa: ¡que no se puede decir *colognas*!

Ki-ki-ri-ki.—Empieza así el epigramita:

«Cuando se casó Juanita
con el periodista Soto,
la prensa dió la noticia
de este modo ó de otro.»

Y lo que sigue es peor todavía.

Carlos.—No he podido aprovechar más que uno. Pero lo he aprovechado en seguida.

Sr. D. F. F.—El soneto de su *propiedad* resulta bastante vulgar en el asunto, que se reduce á decir piropos á ella. Y eso, como usted comprende...

Chuli.—A cien leguas se ve que es usted un infeliz... sin ortografía.

Sr. D. E. L.—Bonillo.—Se le devolvieron los sellos por no poder servir los ejemplares que pedía. ¡Cielos! ¡qué sospechal! ¡Se los habrán birlado en correos!

Sr. D. M. M.—La mayor parte de los endecasílabos le salen á usted sin la acentuación debida. Y por consiguiente, suenan mal casi todos.

Garrañina.—Medianilla. Porque hay muchos versos mal medidos y algunas palabras mal aplicadas.

Un Burguiada.—Lo malo es que, como he tenido el honor de avisar muchas veces, no podemos admitir artículos.

Un niño de diez años.—Voy á publicarla íntegra, en atención á que es lo primero que usted hace:

«Salve, o gran vecina
reina de los cielos
también de esta tierra
celestial consuelo.
Yo te amo te adoro
te idolatro ciego
y por tí daría
todo cuanto tengo.»

Sr. D. F. M.—No puedo aprovechar ninguna de entrambas.

Sr. D. G. R. M.—La idea es buena y algunos párrafos son 'graciosos, pero el conjunto resulta un poquito pálido. Hay que dar más *color* á esas cosas.

Justicia.—Es atrevidillo el final. Y sin ese final no hay nada, naturalmente. De modo que la cosa no tiene arreglo.

Cualquiera.—Tiene usted razón, aprovecharé algunos.

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández,
Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS

La Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36



A chicos y grandes
y tontos y sabios
y largos y cortos
y gordos y flacos...
¡a todos los seres
del género humano
les hace sombreros
García Carrasco.
Carretas, 26.

Al llegar la Pascua
todo fiel cristiano
pide a su bolsillo
que no pase en vano.
Y de celebrarla
no hay mejor manera
que comprarse un traje
de los de Pesquera.
Magdalena, 20.



Tanto le gusta la leche
al gran botánico Arteche,
que en un libro en que denota
suficiencia en lo que trata,
en vez de la flor ignota,
escribió: *La Flor y Nata*.
Plaza de Celenque, 1.



El reloj con su tic tac
mide el tiempo del placer
que nos produce el Cognac
de la Viuda Ruiz de Mier.
E. Oliveres, Valverde, 8, pral. dra.

ESCOFET, FORTUNY Y COMPAÑIA
ALCALA, 18

(EQUITATIVA)

Después de ver los grandes
salones de esta casa,
se sueña, en el silencio
de la noche callada,
con mosaicos hidráulicos
que asombran y que encantan,
baldosas especiales
para patios, terrazas,
aceras y cocheras,
azoteas y cuadras,
con portland superfino
que el roce no desgasta;
objetos de arte en barro,
mayólica y cerámica,
magníficas columnas,
elegantes estatuas,
adornos y florones
de techos y fachadas,
y de tener riquezas
se sienten grandes ansias,
por el placer de verse
con todo aquello en casa.



—¿Qué queris pedir el día 1.º de Mayo?
—¡Camisas de Martínez!

San Sebastian, 2.

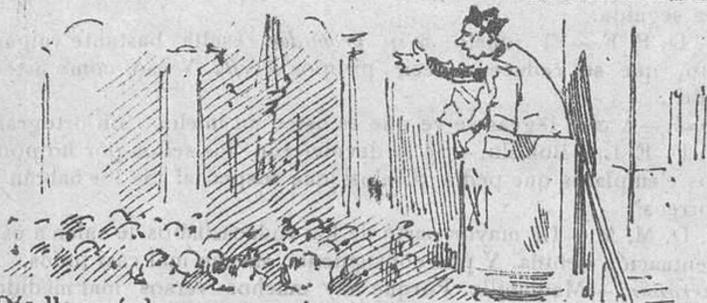


—No bebas vino, que el vino
te puede echar a perder
el estómago, Gabino.
—Pues ¿qué bebo?

—Cognac fino
de Moguer.
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.
Depósito de vinos, Arenal, 2.



En opinión de la gente,
Tirso Pérez tiene el don
de extraer cualquier raigón
sin que lo sienta el paciente.
Mayor, 73.



—Día llegará, hermanos míos, en que, redimidas las culpas de la
humanidad y unidos en el santo temor de Dios, podáis aspirar a la
suprema dicha, que a todos os deseo, de dormir en camas del *Bazar*
de la Plaza de la Cebada, número uno.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID